

GALDOS EN NOTAS CONCENTRICAS

POR

JACINTO LUIS GUEREÑA

Benito Pérez Galdós, en abrir y cerrar de ojos dura unos cuantos años: desde 1843 hasta 1920. Galdós: epicentro de la literatura moderna española. Los movimientos sísmico-literarios en él hallan génesis. No es que se le siga con sumisión de boquiabierto. Pero es fuerte latigazo para plumas reacias. El siglo XIX en vanguardia, con todo su peso de baja estofa, para ser sin embargo pureza y ofrenda del siglo XX. No es que nuestro siglo se aproxime a la perfección ni mucho menos. En lo literario, cunde el talento, y no abundan las tajantes personalidades creadoras. Galdós, respecto a España, excelente espejo sin espejismo: algo así como el Balzac español, o el Chejov español. No conviene tal vez insinuar la figura, cruda y fuerte, de Zola. La novela busca raíces y las encuentra, no de sopetón (y es que necesita andaduras lentas y en aventura de enriquecedoras experiencias), sino en lazos comunicativos de autor a autor. Galdós: epicentro, foco. Desde hoy a Cervantes, el eslabón más representativo lo forma, en la prosa, Galdós, el Galdós ya hecho y derecho, el Galdós de los bigotes. Yendo hacia otros años, ¿es que Cela y Baroja, por ejemplo, no dirigieron miradas hondas a la obra de Galdós?, ¿no se miraron en su obra no del todo biselada y siempre rezumante del frío o calor, más bien calor, de la escenografía de España?

Dícese que Galdós fue «genio urbano» (Jean Cassou, p. 46, *La littérature espagnole*, Kra, París, 1931). ¿Qué horizonte? ¿Por qué semejante afirmación? No puede resultar trivial la explicación, sino divertida: porque observó la capital, porque se ocupó de Madrid. Pudiera haberse escogido otro tipo de frase enjuiciadora. Galdós, no como escudriñador con lupa excesivamente picaresca (como Cela en *La Colmena*, o incluso Arniches en muchos sainetes), sino como realista frente a la realidad madrileña. Novelista de vida más de todos, más general y amplia, aunque sin soslayar la visión de la picaresca que conduce la pluma con arreglo a un enfoque muy determinado y, a ratos, más restringido. No todo el mundo vive y sueña y se las arregla como indican los códigos de la picaresca. Esa savia brilla en libros como *Cádiz, Trafalgar* y otros.

¿Es lo urbano por abandonar el campo y sus problemas? ¿Por sacrificar todo a la ciudad? ¿Por no recordar, más o menos nostálgicamente, la estampa de las islas Canarias? Lo cierto es que no regresó Galdós a la tierra donde naciera. Tampoco la dominante campesina ha sido muy formadora para él, ni se explana al igual que otros novelistas hicieron y hacen. Galdós queda meramente localizado en el sentido justo y concreto de la palabra «urbanismo». En constancia de arrabales y suburbios más bien. Lo urbano, sí, pero nada de modales delicados y algo artificiales. Ni en acción cotidiana, ni (sobre todo) en lenguaje. La lengua castellana sin diccionarios abiertos o cerrados (secretos, ha escrito un escritor contemporáneo, un diccionario secreto casi para uso de gozo lingüístico-humano). Galdós no tiene nada que ver con la urbanidad (todo es familia con árboles y ramas y hojas de una sola palabra-raíz) al ser su obra una problemática de vida y no de preceptos

No hay mucha poesía en la obra de Galdós; pero la hay en suficiente relieve ya que sus personajes rebosan de plasticidad. No puede llamarse poeta sin embargo a Pérez Galdós. Lo lamento mucho. Hubiese completado su obra. Todo gran escritor tiene sensibilidad de poeta y él muéstrase gran escritor con monólogos interiores de extraordinaria categoría (en *Fortunata* y *Jacinta*, valga por caso). Pero no dependen del zumo poético. Su emoción real es alusión a emociones de vivir y soñar y no de lenguaje concebida y sentidamente poético.

Lectura de Galdós: es empaparse de savia popular y directa. Sentir el rocío de gente en pleno fulgor, ya sea día o noche. Chorrea el grajejo de la lengua del pueblo, nunca cansina, siempre sabrosa. Lo refranero le viene a la pluma como anillo al dedo. Observa y pinta la vida, la interpreta, no es pintor copista de museo. Galdós, crea. A Benito Pérez Galdós todo (bueno, casi todo) le cayó en gracia, le vino bien. Igual que espuestas o serones son sus páginas: plasmadoras de vida, acogedoras y recogedoras. Semblanzas son sus novelas. Y hasta los *Episodios nacionales* (arte goyesco en la prosa, por lo llano y lo que luce sin barniz ni afeites) pueden enfocarse desde un ángulo estrictamente «semblanza» de viva historia, escena de aventuras asumidas y vividas. Lo dicho: lectura popular. Podría incluso añadirse, sin malicia alguna: lectura política.

Las ideas generales no suelen encontrar comprador oportuno; disgustan, desagradan. ¿Cómo, pues, encararse con Galdós? Con tres o cuatro novelas, con diez o doce episodios, con un par de obras teatrales (lo más flojo, no cabe duda) y algún que otro artículo suelto suyo, ¿qué idea general se deduce de Galdós? Me refiero a la opinión que puede tenerse de Galdós tras la lectura, a lo largo del tiempo, de doce

o quince volúmenes. Surge con claridad una silueta: Galdós simboliza lo lúcido y la adhesión a los hombres. Las transferencias y los encaminamientos de los hombres forman la trama y la temática suya, análisis que va escribiendo, narrativamente, con relativa ilusión y relativo optimismo. Esa es la empresa galdosiana. Debe subrayarse y decirse en homenaje encarecida y entrañablemente. Está cerca, muy cerca, de nosotros. Pese a una indiscutible ingenuidad de época que asoma la nariz de vez en cuando.

Un aspecto interesante en Galdós escritor: se le nota entusiasta en lo que hace, no escribe con desgana. Es auténtica y exigente vocación. Eso se nota a la legua. Sus páginas son mucho más que un rezo o una imprecación; es interpretación de las armonías y desequilibrios del vivir humano. Narrativa dedicada al regusto de los hombres y de España. ¿Por sano consejo del optimismo? No es de extrañar, pues, que una novela suya lleve por título, a secas, y significativamente *Realidad*. Lleva por fecha: 1889.

Realidad de Galdós, realidad de sus realidades, es su asombrosa fecundidad. Como sol positivo en los surcos: fertilizando todo. ¿Signo bueno o negativo? Sabido es que en un escritor muy fecundo no siempre ofrécese cosecha de primerísima calidad. En Galdós, y ahí reside una paradoja curiosa, hay cantidad (indiscutible) y asimismo calidad (indiscutible). Parece hasta mentira que así sea, con 34 novelas (algunas, dobles), 24 obras de teatro (lo más flojo de su actividad creadora), 46 libros de *Episodios nacionales* y 15 libros de artículos y miscelánea. Son los datos que proporciona, en la edición de *Obras completas* (Aguilar), F. Sainz de Robles. No todo es oro, pero se le parece.

Galdós y el cine forman una excelente pareja; el mérito se concentra en la potencia buscadora y encauzadora de Buñuel. Primero fue *Nazarín* y después *Tristana*. ¿Qué atracción se impuso al cineasta surrealista *Le chien andalou* y realista-satírico *Viridiana*? Ante todo, la solidez y las raíces de los personajes galdosianos. Y el amor, campeador como un incendio. *Tristana* encarna el amor en hondón de patetismo (en lo humano) y *Nazarín* refleja idéntico sentir (pero en actitud religioso-católica). Amor por uno, amor por todos. Ramalazos de pasión-riada, entrega absoluta. Creo que eso es lo que sedujo a Buñuel.

No cabe pensar el que se haya agotado el «yacimiento» cinematográfico que contiene la obra de Galdós. Quedan novelas con suficiente enjundia y, pienso, asimismo, en algunos *Episodios nacionales*. ¿Cómo es que no se dejan «vencer» Buñuel o algún otro, pero que sea director de envergadura, por *Zaragoza* o *La corte de Carlos IV* o por *El 2 de mayo*? Personajes y acción en enfoque conflictivo es lo que emerge de esos textos; eliminando detalles y facetas acaso exageradamente cir-

cunstanciales (que, visto desde otro ángulo, podrían constituir la «salsa» de la película) se obtiene en intensidad la superación del realismo psicológico. Así, llégase —podría llegarse, en cine, en arte de cine— a la textura esencial y universal de seres-tipo. ¿No se trata, precisamente, de lo que ha ido buscando Buñuel, lográndolo, en sus obras más firmadas, con textos galdosianos, o con otra fuente de inspiración y ayuda? Escritas estas líneas, y leyendo el importante trabajo, completo y también indagador, de José F. Montesinos, *Galdós* (Castalia, Madrid, 1968), de bruces me hallo con dos citas galdosianas que se «ofrecen» al cine. Helas aquí:

Caía en la lectura como en una cisterna; tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera el torbellino de letras en que nadaban sus ojos... Tomaba extrañas e increíbles posturas. A veces las piernas, en cruz, subían por un tablero próximo hasta mucho más arriba de donde estaba la cabeza; a veces una de ellas se metía dentro de la estantería baja por entre dos garrafas de drogas. En los dobles del cuerpo las rodillas juntábanse a ratos con el pecho, y una de las manos servía de almohada a la nuca.

y esto otro:

Por fin el desgaste nervioso hubo de rendirle y se quedó quieto en el sofá, con una pierna sobre la mesa, la otra en una silla, la cabeza debajo de un cojín y los brazos extendidos en cruz. Una mano daba contra el suelo y tenía la otra metida debajo del cuerpo, dando al brazo una vuelta que parecía inverosímil (pp. 415 y 471 de *Obras completas*, edición citada, Aguilar, precisa este estudio).

¿No se está ante un guión? Parece que resuena en los oídos del mismo Montesinos, quien se limita a comentar en una escueta frase: «Estas cosas y otras muchas están pidiendo el cinematógrafo».

Recuerdo que de niño, y luego de estudiante, devoraba yo las páginas de los *Episodios nacionales* (aunque nunca leí más de una docena de ellos). Me parecía estar viviendo, personificándolo, lo narrado por Galdós; como si me identificase a su galería de personajes, donde figuraban muchos niños y mozos.

Ese amor a los niños fue uno de los rasgos característicos de su espíritu. En sus obras gustó frecuentemente de pintar héroes de pocos años, cuyo lenguaje y psicología, maravillosamente observados, son la reproducción de sus conversaciones con tantos niños y niñas que han ido desfilando por su lado.

así escribe y confirma Gregorio Marañón; médico joven entonces, en su primer artículo publicado (el día 5 de enero de 1920, al día siguiente

de la muerte del novelista; el título es «Galdós, íntimo», en *El liberal*, de Madrid, y que yo transcribo del diario *ABC*, que decidió volver a publicarlo, exhumándolo).

Vivir la historia, piénsese en *Trafalgar*, en *La corte de Carlos IV*, y por decirlo así, en todos los volúmenes de la primera serie (tal vez, la menos literariamente «hecha», pero asequible y siempre invitadora a la lectura). Casi parece que Galdós hubiese vivido él mismo los sucesos que narra. No es que haya una exigente veracidad histórica (eso es otra cosa) pero domina y campea a sus anchas un estilo evocativo que se hace comunicación directa y honda. Se apodera, el narrador, de nuestra más íntima adhesión y nos convierte en lectores copartícipes, soñadores de ese pasado decimonónico de España. Por lo menos, es lo que se sentía en otros años de lectura: nos hizo ser soñadores y aventureros (en el buen sentido del vocablo) en aquel entonces. Preséntase Galdós con más profundidad y humanismo cotidiano en sus relatos y análisis de «retratos» de lo que se mostrara un Alejandro Dumas, por ejemplo. La dinámica del vivir (hechos sociales o políticos, bélicos o tragicómicos) forma la trayectoria y la descripción del alma popular (simplista acaso) de España, incorporando calor y amor, diálogos de léxico interesantísimo y también una buena dosis de observación y costumbrismo de veras.

También puede verse, en muchas páginas de *La corte de Carlos IV*, un estilete de ironía y con sus miajas de crueldad (por convicciones íntimas de libertad, entre otros motivos) que recuerdan a las pinturas audaces y denunciadoras de Goya al tratar semejante temática. Evóquese asimismo al infante Fernando, al entonces infante de España calificado por su madre como «corazón de tigre y cabeza de mulo». Este Fernando, ya rey en Fernando VII, creó una terrible tensión entre Goya y el Poder absolutista suyo, desparramador de miedo e injusticias. Seguro que Galdós, como lo sintiera Goya, reflejó (a través de información de sus propios familiares y también de conocidos, pues le gustaba sonsacar estampas contadas por testigos de la época) idéntica comezón y análoga rabia.

Recuérdese cuando el infante está recluido en las habitaciones de El Escorial, por orden de su padre el rey, ya que éste sabe que anda urdiendo una conspiración contra la autoridad real en ejercicio. Es en 1807, y Galdós ha dejado un intenso panorama narrativo realizado por la semejanza con la verdad psicológico-humana del futuro Fernando VII, cuya dirección cruel asoló la vida de España y de sus habitantes. ¿No es goyesca esa puntualización del carácter?

Tema y materia de historia novelada, y naturalmente desprovista de rigor científico. No se olvide que Galdós era novelista: su misión y

oficio era contar y narrar la vida. Apoyándose en la realidad de su país ante todo.

El pueblo, el amor, la libertad, son elementos indispensables dentro de la sensibilidad y óptica de Galdós. Temas con los que se encaró siempre, y expresados con méritos y deméritos como suele ocurrir a todo escritor. Con más fortuna en la novela que en el teatro. Debe indicarse la ambición suya de tener como meta el Quijote, su sumisión a la matriz interpretativa de Cervantes. Tanto es así que las huellas se muestran con claridad en la primera serie (cronológicamente los primeros libros de las series) de *Episodios nacionales*: «Es increíble hasta qué punto lo cervantino rastrea en todo» (p. 105); «La raigambre del arte de Cervantes es patente» (p. XI) ha escrito atinadamente José F. Montesinos en su estudio citado ya. Preocupaciones de lenguaje y de estructuración del relato le llevan a coincidir con la pluma cervantina.

Destácase el empleo de modismos populares y sentencias, escarbándose así en la enjundia más elemental (esto es: más indispensable y definidora) de muchos de sus personajes. Conforme iba adquiriendo madurez de escritor, Galdós preparaba esquemas y preparaciones de situaciones y escenas.

Como le sucedía a Goya en charlas, mientras con amigos iba hablando, en comparación de planos interiores, y que asoma a veces en algunas telas, Galdós despliega en sus trabajos de costumbrismo histórico (los *Episodios*, ahí lo hace sistemáticamente) el tema de la división de España. El siglo XIX es el recuento de los momentos de enzarzamiento de los españoles unos contra otros. Guerra civil en continuidad o compás de espera para proseguir despedazándose. ¿Por culpa de quién o de quiénes? Esa preocupación de Goya por la división de dos Españas la ha sacado a luz, a la luz del teatro, y estupendamente desarrollada, A. Buero Vallejo en *El sueño de la razón*. Los españoles lúcidos han pensado siempre en España, en el meollo de la vida española. Mérito asimismo de la observación. Mirar (abriendo los ojos) y analizar (abriendo el juicio). Observadores tercos son los españoles. También la literatura picaresca observaba, y certera fue su puntería, pues son auténticos documentos españoles sus obras. Mirar y analizar, pensar en España, en hondón de raíces y no en cerritos o lomas de pura apariencia; ésa es la senda seguida por hombres de pelo en pecho, como Cervantes, Lope, Velázquez, Zurbarán, Goya, Galdós, Costa, Unamuno, Baroja, Machado, Valle-Inclán, Gutiérrez Solana, Picasso, Cela...

Iba a entresacar algunas palabras galdosianas relativas a España de nuevo me sirvo del trabajo de Montesinos, ya citado varias veces. Es decir, él fisgoneó en la obra de Galdós con idéntico criterio al mí y lo buscó y lo encontró. Tenía que encontrarlo, ya que España y la

españoles forman una constante en el pensamiento galdosiano. Así es que transcribo frases escogidas, siendo las primeras palabras las que en *Nuestro Tiempo* (1901, I, p. 65) recogiera Navarro Ledesma:

España es una redoma de peces a los cuales se ha olvidado mudarles el agua, y están los pobres pececillos con sus boquitas abiertas, comiéndose unos la substancia de los otros, respirando y manteniéndose con mil trabajos en aquel líquido medio corrompido (p. I, en Montesinos).

El pueblo español, que con presteza se inflama, con igual presteza se apaga, y si en una hora es fuego asolador que sube al cielo, en otra es ceniza que el viento arrastra... ¡Oh, España, cómo se te reconoce en cualquier parte de tu historia adonde se fije la vista! Y no hay disimulo que te encubra, ni máscara que te oculte, ni afeite que te desfigure, porque adonde quiera que aparezcas, allí se te conoce desde cien leguas, con tu media cara de fiesta y la otra media de miseria; con la una mano empuñando laureles y con la otra rascándote la lepra (*Napoleón en Chamartín*, p. 624, en *Obras completas*, Aguilar, dado por Montesinos, p. 96, tomo I).

Galdós, en la denuncia; Galdós, con el dedo índice bien taxativo; ahí están las dos caras de España, o sea, el origen de la división, las dos Españas de los españoles. ¿No se halla casi el mismo lenguaje y la misma voluntad denunciadora—sinónimo de hondísima tristeza—en conocidos versos de Antonio Machado, en el poema titulado «El mañana efímero», cuyo eco persiste en otro poema machadiano: «Una España joven», con fecha de 1913 y 1914, respectivamente? El primer poema, con aquello de:

*Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahúr, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste
cuando se digna usar de la cabeza.*

y el segundo poema con lo de:

*Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,
la malherida España, de carnaval vestida
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,
para que no acertara la mano con la herida.*

Galdós y Machado, dos hombres de España, unidos por el corazón desgarrado. Como les ocurría a los hombres lúcidos de España.

JACINTO LUIS GUEREÑA
37, Av. Marcel Castié
TOULON (Var-Côte d'Azur) FRANCIA